

1804 á 1814, entre dos mil ochocientas cuatro mujeres, habia noventa y ocho idiotas.

Todos estos hechos conducen á creer que el cretinismo, siquiera produzca el idiotismo, y mas aun la imbecilidad, es una enfermedad que da lugar á estas formas de locura, por lo cual hemos hablado de ella en es te lugar.

Los albinos son sugetos que accidentalmente, y á consecuencia de una enfermedad, casi siempre congénita, tienen la piel de un color blanco lechoso, los ojos rosados y los cabellos y pelos de un blanco brillante.

La piel de los albinos es descolorida y con los caracteres marcados anteriormente; está además cubierta de vello del color de los cabellos; las cejas, pestañas, barba y pelo son tambien de un blanco argentino brillante. La falta de pigmento del fris y de la coróidea hace que se perciban los vasos sanguíneos, que atraviesan el bulbo ocular, lo que da á los ojos un color de rosa; un pestañeo continuo agita los párpados; las pupilas se contraen y dilatan frecuentemente; estos enfermos huyen de la luz, cuyo resplandor les impide distinguir los objetos, no ven sino en los crepúsculos, ó cuando la luna alumbra el horizonte. Este estado suele complicarse con la imbecilidad ó el idiotismo; en los puntos en que se encuentran albinos hay tambien idiotas y sugetos con bocio.

Los albinos no son una raza especial de hombres, como se ha pretendido: esta disposicion es accidental; nacen de padres negros, aceitonados ó cobrizos, en la zona tórrida, y entre nosotros se los ve descender de padres blancos, coincidiendo con la existencia de otros hijos en un todo semejantes al padre y la madre. La constitucion de los albinos comunmente es delicada, y su capacidad intelectual débil tambien.

Esta enfermedad de la especie humana es mas frecuente entre los trópicos que en Europa. Se encuentran albinos en la isla de Ceylan, conocidos bajo el nombre de *bedas*, y el de *kakrelaks* en la América: los del mediodía de Africa se llaman *dandos*.

*Locura consecutiva de enfermedades agudas.*—Las *fiebres tifoideas*, además del delirio que sobreviene durante su curso, han producido á veces una verdadera alteracion mental, la que se presenta en la convalecencia, ó poco tiempo despues de haber salido el sugeto de una calentura tifoidea. Max Simon ha visto algunos casos de esa especie, los cuales ha publicado en el *Diccionario de conocimientos médico-quirúrgicos*, 1844.

M. Saucerotte ha publicado en los *Anales médico-psicológicos*, tomo IV, página 173, varias observaciones de locura ó de influencia sobre el cerebro, capaces de trastornarle, debidas á enfermedades del corazon.

El doctor Sebastian, profesor de Heidelberg, habla de locuras que estallan despues de las calenturas intermitentes, y que deben ser tratadas de otro modo que las ordinarias, para lo cual no las considera idiopáticas, sino como enlazadas con la causa de las intermitentes.

El doctor C. Muguier ha publicado en 1865 un opúsculo con el título *De la locura consecutiva á las enfermedades agudas*. En este opúsculo hay cuarenta y nueve observaciones relativas al tifus, al cólera-tifus, á la neumonía, pleuresias, al reumatismo articular agudo, á las fiebres eruptivas, á la erisipela y á la angina. Hé aquí el resumen de este breve pero interesante trabajo:

1.º Hay cierto número de enfermedades agudas, á consecuencia de las cuales puede desarrollarse la locura.

2.º Además del estado puerperal y de las intoxicaciones, pertenecen al

grupo de dichas enfermedades: la fiebre tifoidea, luego la neumonía, luego el cólera; es mas raro en las fiebres eruptivas y en el reumatismo articular agudo.

3.º La locura parece ligada, en esos diferentes casos, á una congestion pasiva ó activa del encéfalo, coincidiendo á menudo con un estado anémico.

4.º Las formas del delirio mas frecuentes son la demencia aguda y la manía; luego la monomanía ambiciosa y la hipocondría.

5.º Son necesarias nuevas investigaciones para establecer el papel de la herencia en la aparicion de esas vesanias.

6.º El pronóstico es en general muy favorable, y la duracion del mal muy corta.

7.º El régimen tónico es el que mejores resultados da en la mayor parte de los casos.

*Enfermedades crónicas.*—Además de lo que llevamos hasta aquí expuesto, hay otras enfermedades que, durante su curso á mayor ó menor altura, ó que despues de él, trastornan la inteligencia del enfermo en tales términos, que parece realmente loco, que lo está aunque de un modo sintomático; y en algunas ocasiones se presenta de tal suerte la dolencia, que si los facultativos que le asisten no examinan los hechos con detencion, y si no están animados de un espíritu verdaderamente observador, es tomada aquella por una enagenacion mental directa, inmediata, esencial é idiopática.

Entre otras muchas enfermedades que se hallan en esta categoria bien podemos citar las *pérdidas seminales* ó *espermatorrea*, y la *pelagra*.

*Espermatorrea.*—Que á veces se disfraza la causa de la locura dándole la fisonomía de una enagenacion mental idiopática, no siendo en realidad mas que sintomática, bastaria para probarlo ver lo que sucede respecto de las pérdidas seminales.

Si tenemos en la ciencia un libro sobre esa frecuente y deplorable enfermedad, acerca de la cual solo habia trabajos esparcidos y no presentados bajo su verdadero punto de vista, se debe á lo mismo que estamos diciendo.

Lallemand de Montpellier habia escrito sobre el encéfalo y sus enfermedades; y tanto por eso como por su grande y sólida reputacion, de diferentes puntos de la Francia y del extranjero, se le enviaban enfermos que se creían atacados de la cabeza.

Al principio, el profesor estaba en la misma creencia, y prevenido á favor de estados verdaderamente mentales y de un modo esencial; mas pronto su grande espíritu de observacion le hizo conocer que los trastornos mentales de que adolecian los enfermos que iban á reclamar sus auxilios, siquiera no tuvieran íntegra la razon, no estaban locos como de ordinario, sino á consecuencia de las pérdidas seminales que experimentaban hacia ya mas ó menos tiempo.

Lo que ha sucedido al profesor de Montpellier sucede muy á menudo. Muchos hipocondríacos, y hasta dementes, deben su triste estado mental á los estragos de la espermatorrea; y como los que no están al alcance ó al corriente del libro de Lallemand, y de lo poco que antes de él habian dicho sobre esta importante y trascendental materia, los Wikman, los Saint Marie y acaso los Tissot, los Dubreill y los Deslandes, pueden seguir desconociendo la causa fundamental de ciertos estados morbosos de la mente, y afanarse por tratarlos como locuras idiopáticas, vamos á

decir cuatro palabras sobre los extravíos intelectuales que pueden ser originados por la espermatorrea.

La lectura de las observaciones recogidas por Lallemand, no nos deja ninguna duda de que las poluciones diurnas y nocturnas, ó sea las pérdidas seminales, son muy capaces de alterar la razon de los enfermos, y darles el aire de locos verdaderos. Hipocondría, delirio, inclinacion al asesinato, suicidio, todo se encuentra en esos preciosos casos, que ha recogido aquel profesor con tanto esmero y tanto acierto.

Como nuestro objeto principal no es otro que llamar la atencion de los médicos sobre este punto importantísimo; y como por otra parte tenemos poco espacio para extendernos, nos limitaremos á decir muy poco sobre esta afeccion singular.

La marcha progresiva del deterioro de los órganos genitales, y la influencia cada dia mas funesta de las pérdidas seminales sobre toda la economía, y en particular sobre el sistema cerebro-espinal, entre otros estragos que suponemos conocidos de todos nuestros lectores médicos, provocan síntomas de locura, ilusiones, alucinaciones y delirio, con inclinaciones funestas algunas veces.

El sugeto que figura en la primera observacion recogida por Lallemand, experimentaba los síntomas siguientes: debilidad de las ideas, torpeza de la palabra, terror, irascibilidad, misantropía, apatía profunda para todo, arrebatos frecuentes y violentos, indiferencia por todo lo que mas habia amado, insomnios, agitacion por las noches, no pudiendo de dia estar del mismo modo ni dos minutos, cara encendida, ojos brillantes, inyectados, fijos ó inciertos; sus facciones revelaban el espanto mas profundo, andar vacilante, piel fria, pulso pequeño y lento.

Este enfermo fué tratado como loco hipocondríaco, hasta que Lallemand conoció que debia su mal á la espermatorrea, de la cual murió. Este sugeto se habia dedicado á estudios filosóficos.

La segunda observacion recae sobre un enfermo de setenta y un años, que presentaba estos síntomas: Hablaba poco, tenia constantemente el aire sombrío y taciturno, y se quejaba de una infinidad de males diferentes, la mayor parte imaginarios ó exagerados. Tan pronto acusaba dolores hácia el occipucio, al cuello y al dorso; tan pronto cólicos, tension del bajo vientre, borborismos, etc. A pesar de estar muy débil, sentia la necesidad invencible de moverse de continuo; no podia estar en cama, é iba continuamente al excusado. Atormentaba á los enfermeros, refia con los practicantes, y presentaba, en fin, todo lo mas característico de la hipocondría. Tambien murió.

El de la observacion quinta presentó durante los últimos tiempos de su mal, delirio, agitacion, ojos brillantes, fisonomía móvil, palidez y rubicundez, alternativas de la cara, frio pasajero, temblores ligeros de todos los miembros y en la lengua, siempre que la sacaba ó queria hablar, cefalalgia, vista turbia, pulso frecuentemente desenvuelto, náuseas, cólicos, sensibilidad de todo el abdomen á la presion, y en especial en la region hipogástrica; á las preguntas que se le dirigian contestaba con desacuerdo como un loco.

El de la observacion sexta ofrece tambien delirio y estupor, carfología y sobresalto de tendones.

En el de la nona estaban hace tiempo trastornadas las facultades intelectuales, con la particularidad de que el enfermo creia haber mudado

de sexo, se creia mujer, pasando la mayor parte de su tiempo escribiendo cartas á un amante imaginario. Otras veces se ponía de rodillas, cavaba ó hacia que cavaba la tierra, y así pasaba horas enteras. Perdió la vista del ojo izquierdo, y murió de una gran diarrea.

Por último, el de la cuadragésimatercera, despues de algunos meses de padecer la espermatorrea y de haber sufrido graves alteraciones en su salud, sintió vértigos al defecar, tuvo varias congestiones cerebrales bruscas y fugaces, paseándose ó trabajando, sus fuerzas disminuyeron rápidamente, su moral se afectó, cayó poco á poco en una melancolía profunda, asaltáronle malas ideas, que él se esforzaba en alejar de su pensamiento, pero le acometian más y más, especialmente en la oscuridad; gemia en secreto sobre su triste posicion, y derramaba abundantes lágrimas. A pesar de aborrecer y horrorizarle el suicidio, parecia que el mal genio le impulsaba á él. La vista de los cuerpos agudos, de los instrumentos cortantes, de las armas de fuego, le hacian estremecer, y le determinaban el deseo de matarse, del cual no llegaba á desembarazarse sino pellizcándose ó provocándose dolor de cualquier modo. Sumergido en estos funestos pensamientos, no hablaba á nadie; y si sus mas queridos deudos le querian distraer y consolar, los rechazaba de un modo brusco. Amaba mucho á una mujer, y se complacia en atormentarla, en hacerla llorar. Al fin se trastornó su razon de tal manera, que se creyó poseido del diablo, y pasaba horas enteras orando para conjurar sus tentaciones.

Este enfermo se curó de la espermatorrea, y se libró de su locura.

Otros varios casos podria añadir, tanto de dicho autor como de otros y de algunos que he visto, uno de los cuales he mencionado al hablar de la monomanía homicida; pero bastan los indicados para nuestro objeto. Las diferentes observaciones que se han recogido acerca de este mal, permiten ya establecer algunos caracteres para distinguirlo, bajo el punto de vista de los síntomas cerebrales. Suponemos que nuestros lectores conocen los síntomas de la espermatorrea para poder saber si existe en un caso de enagenacion mental, y ver si ella es la causa de esta.

Regularmente, en los casos de esta especie, los síntomas cerebrales van precedidos de mucho tiempo por un desarreglo notable en las demás funciones; así las digestiones se hacen mal, el estómago deja de soporiar las bebidas alcohólicas y los alimentos fuertes, de sabor vivo y muy succulentos. La constipacion se hace tenaz, el tubo intestinal está habitualmente distendido por gases, el cóito se hace de cada vez mas raro, precipitado, sin placer, y al fin es del todo imposible.

Descontentos los enfermos de sí mismos y de los demás, atormentados por flatuosidades de las que tienen necesidad continua de librarse, huyen de la sociedad y de sus exigencias y tratos, toman aversion á todo lo que antes les hacia gozar, y ya no pueden; caen en una profunda melancolía, se vuelven irascibles, misántropos, hipocondríacos. Se preocupan de un solo objeto, que suele ser el de la salud, ó bien van ofreciendo diversas alteraciones mentales, segun las circunstancias personales y sociales de cada uno.

Las funciones cerebrales se debilitan, y alarma su estado por la trascendencia que tienen. Pierden la memoria, el hilo de sus ideas se interrumpe, y el menor esfuerzo de trabajo los fatiga. Y como en semejante estado las digestiones van siendo peores, los gases mas considerables y mayores los disturbios de la circulacion, las congestiones, aunque pasa

jas, se hacen frecuentes, y por lo comun se agrava el estado de la razon.

Estas congestiones van acompañadas de una debilidad notable del pulso, enfriamiento de los miembros, malestar general, ansiedad, agitación de todos los sentidos, y necesidad imperiosa de movimiento. Luego va siguiendo palidez del rostro, debilidad general, abatimiento espantoso, sin que unos órganos estén mas aplanados que otros.

*Pelagra.*— Dirémos de la pelagra una cosa análoga á la que acabamos de decir de la espermatorea: la suponemos conocida de nuestros lectores, y por lo mismo excusado es tratar de ella, puesto que aquí solo buscamos lo que afecta la inteligencia del enfermo, ó lo que es lo mismo, la afección mental que reconoce por causa otra enfermedad.

Cerri pretende que de cien pelagrosos apenas hay uno que se vuelva loco, y uno ó dos que tengan tentaciones de suicidio. Roussel, sin embargo, en una monografía de este mal, ha dicho con razon, que hoy está bien reconocido que la pelagra conduce á la locura, á la estupidez y al suicidio. Otro tanto afirman, de acuerdo con muchos, Legrand du Saulle y Billot en sus excelentes escritos sobre esa enfermedad.

La estupidez es lo mas comun en los pelagrosos, no siendo siempre el resultado de una degradacion intelectual, lenta y progresiva, sino de una variedad del delirio melancólico que se esconde debajo de esos rasgos de estupidez.

Desde los trabajos de Baillarger sobre la estupidez, que Pinel y Esquirol confundieron con el idiotismo, que Esquirol y Parchappe confunden á veces con la demencia, que Georget, Ferrus y Etoc consideran como la suspension ó debilidad de la inteligencia, no constituye á menudo mas que una verdadera locura ó manía melancólica, que toman forma estólida, así como pueden tomar otras. Baillarger ha probado con curiosas observaciones, que el delirio latente de los estúpidos toma ese aire triste, acompañado de inercia y asociado frecuentemente á ideas de suicidio, y eso es precisamente lo que ofrecen los pelagrosos. Ese mismo autor añade que la melancolía pasiva se alimenta tambien, como la turbulenta, de errores de sentido y alucinaciones, y que eso es muy comun en la pelagra.

Roussel, que ha escrito á propósito su excelente libro sobre este mal, es del mismo parecer. Strambio opina lo mismo.

Sin embargo, hay casos en los cuales los pelagrosos, ya sea despues de haber experimentado muchos accesos de manía, ó de haber caido en la demencia, ya directamente, por decirlo así, y á consecuencia de un aplanamiento intelectual sobrevenido poco á poco, llegan á ese estado de verdadera estupidez en toda la acepcion de la palabra. Gilbert ha visto un ejemplo de esa especie, y no son raros en Italia y en España los casos análogos.

Cuando los pelagrosos se ven atacados de locura propiamente tal, y cuando se expresa francamente esta enfermedad, puede presentar formas diversas. Sin embargo, si se examinan los hechos con atencion, se reconocerá que sus variedades dependen mas bien de condiciones accidentales que no de cosas inherentes al mal; no habiendo casi ó sin casi mas que una forma propia de la pelagra, el delirio melancólico, ó la lipemanía.

Varios hechos referidos en las cartas de Liberali á Brera, y en la memoria de Carraro, en las cuales se habla de delirio ó manía furiosa, son

mas bien debidos á una meningitis intercurrente sobrevenida por los calores del verano, viniendo á menudo á interrumpir ese delirio agudo y furioso el curso lipemaníaco del pelagroso. Cuanto mas se examinan los esfuerzos de Carraro y Liberali por probar el carácter hiperesténico de la pelagra, mas se convence uno, como dice perfectamente Roussel, de que esas manías furiosas no son características del mal que nos ocupa.

Los italianos han hablado mucho de otra forma de alteracion mental que sufren los pelagrosos; es la monomanía religiosa. Strambio habla de ella, y Brierre de Boismont opina que es la forma mas comun de esas enfermedades.

Podrá ser que eso se observe en los italianos, donde como en todo país dominado por el fanatismo, la locura, cualquiera que sea su causa, toma la forma religiosa; pero cuando no media esa circunstancia ó el sugeto no es fanático ó creyente, la pelagra no imprime ese carácter en la locura que provoca. No solo podemos oponer la opinion de los médicos italianos mas modernos, sino que en otros países donde la pelagra se padece de un modo que le es mas propio que en Italia, no adquiere la enagenacion mental por ella producida, semejante rumbo ó sello.

Strambio y nuestro Casal han observado en los pelagrosos esa variedad del delirio melancólico ó de la monomanía que se llama licantropía, y que empuja á sus víctimas á huir de la sociedad, á buscar los lugares salvajes y á vivir como las fieras. Los mismos han observado que semejante forma va acompañada de monomanía suicida.

La monomanía suicida es, en efecto, el prototipo de las alteraciones mentales producidas por la pelagra. Los pelagrosos, dice Strambio, se suicidan, sin dar señales de furor y sin amenazar á nadie. Los unos se estrangulan ó se precipitan de lugares elevados, otros se mutilan. José Frank cita un caso de un pelagroso, que en el mes de agosto de 1792 se amputó los órganos genitales con un cuchillo. Soler habla de otro que se arrojó á una hoguera.

Pero no es esa la forma mas comun del suicidio á que se entregan los pelagrosos. Su propension desenfadada es matarse por submersion, arrojarse al agua, como ya lo observa Strambio.

El doctor V. Antonio Durand, nuestro compatriota, ha observado que los asturianos pelagrosos se suicidan siempre de este modo. Otro tanto dice de los de los Landes Leon Marchand, y Calé de los del Langurais. En el mediodia de Francia muchos se arrojan á los pozos.

Esta forma de suicidio en la pelagra es realmente la regla; por eso Strambio la llamó hidromanía.

Algunos han querido explicar esa monomanía por el calor ardiente que experimentan los enfermos; explicacion defectuosa, si se advierte que otros se arrojan al fuego, y no será sin duda para refrescarse. Otros os dirán que desesperados de curarse, ó por lo mucho que sufren, ponen término á sus dias.

Pero en primer lugar, si así fuese, no escogerian el agua para matarse, sino tan pronto el agua como cualquier otro medio, y ya llevamos dicho que lo mas general es asfixiarse por submersion. Luego estando locos como están, el suicidio no puede ser efecto de un discurso ó raciocinio que les falta. Es un acto delirante, impremeditado á que los arrastra su locura sintomática, como la idiopática á los demás suicidas, que tienen la monomanía de atentar contra su vida.

Además, Strambio dice con mucha oportunidad, que ese deseo de ma-

tarse ó de ahogarse se observa en muchos que conocen perfectamente su estado, gozando completamente de razon, y sin embargo, sienten su inclinacion á suicidarse.

Piantanida y Briere de Boismont han observado á muchos pelagrosos locos, y dominados por la idea y el deseo de estrangular á sus hijos.

La demencia se nota en los períodos avanzados de la enfermedad. Recorred, dice Briere de Boismont, los establecimientos consagrados á la curacion de la locura, y vereis que la mayor parte de enfermos responden á las preguntas que se les hacen sin correlacion, sin comprender lo que se les dice, y miran al que les hable con ceño de estupidez ó inatentos, etc. Esos enfermos son pelagrosos. La estupidez se observa cuando se acerca el fin funesto del mal.

El número de pelagrosos es considerable. Holland decia que entre quinientos enfermos del hospicio de Senabria, cerca de Milan, el número de pelagrosos era casi siempre de los dos tercios. Briere de Boismont, que con Piantanida lo observó, vino á confirmar el aserto de Holland.

En el viaje que hizo Roussel á Lombardia en 1841, vió sobre cuatrocientos enfermos en Senabria, y la pelagra era la causa de la locura en muchos de ellos. Briere de Boismont halló en Grecia sobre ochenta enagenados, la tercera parte pelagrosos. En el hospital de Venecia la misma proporcion habia entre cuatrocientos locos, y en todos, segun Franchisini, se manifestaba la tendencia al suicidio.

Háyla tambien en Saint-Homer, en Bolonia, en San Bonifacio, en Francia y en San Maló de Venecia, en el nuevo manicomio de Turin, vistos por Russel y Briere de Boismont. En Asturias, donde el mal se conoce con el nombre de *mal de la rosa*, hay lugar de observarla con frecuencia (1).

*Estados intermedios.*—Hasta aquí hemos hablado de la locura idiopática y sintomática, siendo siempre locos los sujetos; mas hay otros estados en los que no hay locura, pero tampoco razon, no hay libre albedrío, y por lo mismo á los ojos de la ley y de la ciencia son los sujetos que en tales estados se hallan como los locos.

Yo llamo á estos estados *intermedios*, y los juzgo tan dignos de estudio como los de la locura. A ellos corresponde el sueño, y los primeros momentos en que se sale de él; el *somnambulismo* natural, fisiológico y morboso ó *extático*, el artificial ó *magnético*, las ilusiones y alucinaciones compatibles con un estado de razon y la *exaltacion* de las pasiones. Sin embargo, no me ocuparé en esta obra mas que en el *somnambulismo*, habiéndolo hecho con mas extension en otra (2).

Vamos, pues, á ver el *somnambulismo*.

*Somnambulismo.*—Nysten, en su diccionario, llama al *somnambulismo* neurose de las funciones cerebrales, bien que, á renglon seguido, dice que tal vez no pasa de ser un estado fisiológico.

Nosotros creemos que el verdadero *somnambulismo*, entendiendo por tal un estado en el que el sujeto dormido habla ó ejecuta cosas como si

(1) Véanse los luminosos escritos sobre el delirio pelagroso en el *Tratado* de Legrand du Saulle, *La locura delante de los tribunales*, p. 299 y siguientes, y en el *Tratado de la pelagra* de C. Billot.

(2) *Tratado de los estados intermedios de la razon humana*. Lecciones dadas en el Ateneo, 1856 al 57. Véase igualmente mi *Criterio médico-psicológico para la distincion fundamental de la pasion y la locura* en el discurso en defensa del dictámen dado en la real Academia de Medicina sobre el estado mental de Vicenta Sobrino.

estuviera despierto, es siempre un estado fisiológico, nunca morboso.

Ahora, si se entiende tambien por *somnambulismo* el estado de los extáticos y de ciertas personas atacadas de enfermedades nerviosas, ya es una verdadera enfermedad, y no vemos ninguna razon sólida para no tenerla por una manía ó monomanía, puesto que á una insensibilidad general y especial se une una gran insensibilidad de ciertas facultades psíquicas, y todo se funda en puras alucinaciones del extático.

El *somnambulismo* del dormido y de los extáticos es natural, dividido, si se quiere, en fisiológico y patológico. Hay además el *somnambulismo* artificial ó magnético.

En el fondo de todos esos estados ó *somnambulismos* hay el sueño con ensueños, los cuales se diferencian de los comunes y pesadillas, en que en estas los movimientos no toman parte para realizar las ideas y voliciones del dormido que está soñando, al paso que en los *somnambulos* es tal la reaccion que ejercen sobre los centros del movimiento los órganos de los instintos y sentimientos, y los de las ideas, que los ponen en accion y se ejecutan actos parecidos ó iguales á la vigilia.

Acerca del *somnambulismo* natural, tanto fisiológico como patológico, no puede haber dudas; los hechos son auténticos, y se han demostrado hasta la evidencia. Respecto del artificial, ha sido muy disputado, y se ha visto por una parte estúpida credulidad para admitir toda suerte de maravillas y absurdos, y por otra terco y extremado expticismo para negar, no solo esas maravillas, sino el sueño magnético mismo, calificando todo cuanto acerca de él se ha dicho de farsas de charlatanes y cuentos de gente alucinada, por no decir estólida.

Los hechos á que pueden dar lugar las diversas formas de *somnambulismo*, son de tal naturaleza, que deben llamar profundamente la atencion de los médicos legistas.

Conviene mucho saber hasta qué punto es cierto que un *somnábulo* pueda ejecutar actos como los dormidos, sin tener, sin embargo, libre albedrío para ejecutarlos. Conviene igualmente saber á qué atenernos en cuanto al sueño magnético y á la influencia de las personas magnetizadas sobre las magnetizadas, para resolver ciertas cuestiones delicadas y embarazosísimas que pueden presentarse en la práctica.

Vamos, pues, á decir algo sobre esos estados, que, si no constituyen alteraciones mentales idiopáticas, son producto de un sueño, y constituyen ó dan á las facultades del hombre desarreglos enteramente iguales á los de la locura.

Hablemos primero del *somnambulismo* natural y fisiológico, ó del hombre dormido naturalmente.

Para probar que el *somnábulo* ejecuta varios actos como las personas despiertas, refiramos algunos hechos auténticos.

Hoffbauer cita el ejemplo de un hombre que, estando dormido, oyó un ruido que le despertó en parte y le hizo creer que tenia delante de sí un fantasma espantoso. Por dos veces gritó: «¿Quién va?» La voz era vacilante. El fantasma, á su parecer, se avanzó hácia él, visto lo cual cogió un hacha que solia tener junto á su cama, y descargó un golpe sobre su mujer, á la cual tomó por un espectro. El ruido que hizo esta desdichada al caer al golpe homicida de su esposo, le despertó sobresaltado, y al contemplar aquel asesinato se deshizo en lágrimas de desesperacion (1).

(1) Citado por Orfila.

El doctor Rochon de Louhans conoció y vió por espacio de ocho meses á un estudiante en medicina que tenia accesos particulares, durante los cuales conservaba de tal modo el uso de sus facultades, que nadie le habia podido advertir ningun trastorno. A veces daba un grito al verse invadido, ó se le ponía la voz ronca y desentonada; el carácter se le volvía irascible, impaciente, quisquilloso, fácil de ira, y algunas veces tenia ilusiones y alucinaciones que le hacian salir de la cama y correr por las calles en camisa.

Para hacer salir á ese jóven de su estado, era necesario cogerle bruscamente. Otras veces el paroxismo se disipaba por sí propio. No recordaba lo que le acababa de suceder, y se asombraba de lo que le decian. Pero al nuevo acceso tenia presente lo que le habia pasado en el anterior. Poseía, pues, dos memorias, una para los estados normales, y otra para los de locura ó somnambulismo.

Un ligero ruido, una aféccion moral, ó una atencion sostenida, bastaba para sumergirle en tal estado. Los accesos, ya se presentaban varias veces al dia, ya con algunos dias de intervalo.

El padre de este jóven habia sido somnábulo. Una noche gritó durmiendo: «¡Ladrones!» Acudieron á su cuarto á saber qué le ocurría, y exclamó: «¡Ah, pícaro! ¿eres tú?» y disparó un pistoletazo, por lo cual se le formó una causa criminal (1).

Brillart Savarint, en su *Fisiología del gusto*, refiere el caso siguiente, tal como se le contó Dom Duhaget, prior de la Cartuja de *Pierre-Chatel*.

«Había en cierto convento, de donde era prior Duhaget, antes de serlo de dicha cartuja, un religioso de un humor melancólico, carácter sombrío y conocido como somnábulo.

»A veces, en sus accesos, salía de su celda y entraba en ella solo; otras se extraviaba, y nos veíamos en la precision de llevarle. Se habian intentado algunos remedios; las recaídas fueron mas raras, y ya no pensábamos en él.

»Mas cierta noche, en la que no me habia acostado á la hora de costumbre, me encontraba sentado en mi escritorio, examinando unos papeles, cuando ví que abrian la puerta de mi cuarto, de la cual nunca quitaba la llave, y al punto ví entrar á dicho religioso en un estado completo de somnambulismo.

»Traía los ojos abiertos, pero fijos, y solo le cubria la túnica con la que debia haberse acostado, y además empuñaba una gran daga.

»Fuese derecho á mi cama, cuya posicion no le era desconocida, pareció que quiso asegurarse de que yo estaba tendido en ella, tentándola con la mano izquierda; hecho lo cual descargó tres terribles golpes, tan ruidos y enérgicos, que atravesaron de parte á parte las mantas, sábanas, y la estera que me servia de colchon.

»Cuando entró y pasó delante de mí, tenia la cara contraída y fruncido el entrecejo. Luego que hubo dado las puñaladas, se volvió, y observé que su semblante se habia dilatado, reinando en él cierto aire de complacencia.

»El resplandor de las dos lámparas que estaban en mi escritorio no hizo ninguna impresion en sus ojos, y se volvió como habia llegado, abriendo y cerrando con discrecion dos puertas que conducian á mi celda, y acto continuo me aseguré de que se retiraba directa y pacíficamente á la suya.

(1) Citado por Orfila.

»Podeis juzgar cuál seria mi estado, durante esa terrible aparicion. Estremecíme de horror á la vista del peligro de que acababa de escapar, y dí gracias á la divina Providencia; mas tal fué mi conmocion, que no pude pegar los párpados en toda la noche.

»Al dia siguiente hice llamar al somnábulo, y le pregunté, sin afectacion, en qué habia soñado la noche última pasada.

»A esta pregunta se turbó.—«Padre mio, respondió, he tenido un sueño tan raro, que no me atrevo á revelarles; ¡es acaso la obra del demonio, y...—Yo os mando, le repliqué, que me le conteis; un ensueño es siempre involuntario, no es mas que una ilusion. Hablad, pues, y con toda la verdad.—Padre mio, repuso el religioso, apenas me habia acostado, soñé que habiais matado á mi madre, su sombra sangrienta se me apareció pidiéndome venganza, y á semejante aspecto me sentí traspasado de furor; como un endemoniado me dirigí á vuestra celda, y habiéndoos hallado dormido en vuestra cama, os dí de puñaladas. Poco despues desperté bañado en sudor, detestando mi atentado, y dí gracias al Señor que no fuese verdad el crimen que creia haber cometido.

»—Pues habeis hecho mas de lo que pensais, le dije seriamente, aunque tranquilo.

»Referíle lo que habia hecho, y le enseñé las huellas de los golpes que habia creído dirigirme. A la vista de ello, se posternó á mis piés hecho un mar de lágrimas, gimiendo por la desgracia involuntaria que hubiese podido suceder, é implorando la penitencia que yo juzgase digna.

»—No, no, exclamé, no puedo castigaros por un hecho involuntario; mas desde hoy en adelante os dispense de asistir á los oficios nocturnos, y os prevengo que se cerrará por fuerza vuestra celda despues de la cena, y no se abrirá hasta que se os llame para oír la misa de familia que se dice al rayar el alba (1).»

Un criado de Gasendi, dormía, soñaba, creia que su amo le llamaba, respondía, se levantaba, ponía la mesa como de costumbre; otras veces cogía un candelero, abría la puerta y conducía visitas á la sala, é iba á dar aviso á su señor (2).

Malouin refiere, en un artículo de la *Enciclopedia* del siglo XVIII, *Somnambulismo*, el hecho siguiente, que supo por el obispo de Burdeos:

«Estando dicho prelado en el seminario, habia conocido á un eclesiástico jóven somnábulo, y la curiosidad que le excitaba el fenómeno le llevaba todas las noches al cuarto donde el somnábulo dormía. Entre las muchas cosas que presencié, vió que este se levantaba, tomaba papel, componía y escribía sermones; cuando acababa una página, la leía de arriba abajo; si algo le disgustaba, lo corregía, y escribía encima la correccion. El principio de uno de esos sermones estaba bastante bien y correctamente escrito, y habia una correccion sorprendente. En cierto pasaje puso *ce divin enfant*; al leerle creyó deber enmendarle y poner *adorable* en lugar de *divin*, borró esta palabra, y colocó exactamente encima la otra; pero notando que el *ce* bien colocado delante de *divin* no está bien delante de *adorable*, añadió al *ce* una *t*, como lo exige la gramática francesa, leyéndose *cet adorable enfant*.

»Para asegurarse si el somnábulo veía, se le puso un carton delante

(1) Obra citada, pág. 196, edicion Charpentier, 1847.

(2) Citado por Lemoine.